

PRESENTACIÓN

A lo largo de su historia, la filosofía se ha vertido en una amplia y rica variedad de géneros textuales. El recurso al ensayo, al tratado, al poema, la novela, la meditación, la autobiografía, al discurso, al diario intelectual, al aforismo o a la pieza teatral, entre otros, viene a reflejar que el modo preciso de comunicar los esfuerzos especulativos no ha sido objeto de una atención menor por parte de los filósofos, sino todo lo contrario.

Por otra parte, junto a la pretensión comunicativa propia de todo acto de escritura, es posible rastrear, también, una pretensión epistémica de coherencia que ha suscitado la necesidad de la determinación formal adecuada para expresar los contenidos. Los ejemplos de esto son muchos. En Heráclito, la convicción de que “la verdad gusta ocultarse” da coherencia al uso de la sentencia sucinta y enigmática característica de su pensamiento. El privilegio del diálogo en Platón puede ser interpretado como prolongación de su concepción metafísica de la dialéctica como vía a la *epistème*, quizá como la impronta de la mayéutica socrática en el impulso original de su obra. San Agustín nos sorprende hasta el día de hoy con sus *Confesiones*, libro único e inclasificable, atravesado en su construcción por la pretensión de vincular autobiografía, experiencia religiosa y especulación filosófica, en una exigencia, en gran medida, de autenticidad del sujeto que en ella se expresa con una esperanza explícita de llegar a la comunicación vital con el lector. No cabe duda que en el autor de las *Summas* viene a concretarse un propósito escolástico y religioso que refleja una época en que el cristianismo ocupó el centro de la cultura, ejerció un rol directivo en ella y en estas obras expresó una síntesis de su cosmovisión. En la aurora de la modernidad, tiempo de seguridades inestables y de transición esencial, Descartes reconoce en las matemáticas “una isla de certeza en un mar de dudas” y se anima a extraer de ellas un método seguro para el pensamiento, abriendo así un surco por el cual, durante un tiempo, no pocos autores caminaron, como fue el caso de Spinoza. El tono virulento y fulgurante vino a canalizar una filosofía que quiso ser a “martillazos” demoledores, que pretendió horadar la tradición y acelerar el “crepúsculo de los ídolos”, que recurrió a la prédica imperativa y trágica, jovial y profética de Zarathustra, convencida de que anunciaba un destino a través del desenmascaramiento y la transvaloración de los valores. En fin, como el lector sabe, esta enumeración de casos está lejos de ser exhaustiva y podría continuar, entre otras cosas, porque en la filosofía contemporánea se ha vuelto tema explícito en el trabajo de filósofos como Kierkegaard, Heidegger, Ortega y Gasset, Camus, Sartre,

Foucault y Derrida. Pero lo dicho permite salvar el juicio: el pensamiento filosófico y la preocupación por la expresividad literaria se vinculan en el trabajo de los más diversos autores a través de la historia.

Lo que hemos señalado podría contribuir a dar un marco explicativo a la decisión de dedicar el segundo Número Especial de nuestra revista a la relaciones entre filosofía y literatura; aunque, por cierto, sin por ello pretender siquiera cerrar el amplio círculo de cuestiones implicadas en esta relación. Hace poco más de dos años que los departamentos de filosofía y literatura de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez se han vinculado en la dictación del *Minor* "Filosofía y Literatura" para estudiantes de pregrado. A la evidente búsqueda de prácticas interdisciplinarias, se suma en los fundamentos de este programa la convicción de que sus disciplinas, sin borrar las diferencias, ofrecen –y esto en gran medida por el trabajo de eminentes literatos y filósofos– diversos puntos de contacto y, cabe decir, de contagio mutuo. La exploración comprensiva del sentido de lo humano es la expresión que hemos escogido para dar cuenta, de alguna forma, del propósito que hermana a la filosofía y la literatura. Quisiéramos que este volumen viniera a ratificar la pertinencia del vínculo emprendido.

Desde la vereda de la filosofía, los gestos de aproximación se multiplican a partir de la segunda mitad del siglo XIX y alcanzan protagonismo en obras tan relevantes como la de Martin Heidegger que, como se sabe, termina abierta a la guía poética de Rilke y Hölderlin. El giro hermenéutico encabezado por Gadamer no sólo ha venido a expresar una filosofía más consciente de la contingencia y límites de la razón humana, sino también un reconocimiento de los posibles aportes de la literatura al trabajo filosófico. Si la filosofía se ha movido no pocas veces entre el privilegio del prurito conceptual y el esplendor metafórico, sin lograr una residencia definitiva ni en el concepto ni en la metáfora, considerados como ejes constructivos básicos, es debido a la exigencia impuesta por la naturaleza de sus problemas y la radicalidad de sus preguntas. Quizá si la ventaja de la literatura, su heroísmo si se quiere, ha sido atreverse a penetrar en la ambigüedad, en los claroscuros de la experiencia humana, a empujar las puertas de la contradicción. Cada vez que la filosofía de las ideas claras y distintas ha creído lograr su consolidación ha terminado cerca del dogmatismo y la ideología, y se ha alejado de lo que Milán Kundera llamó "la sabiduría de la incertidumbre", propia de la novela.

El profesor de la Universidad de Deusto, Patxi Lanceros, ha señalado con lúcida pertinencia que en el fondo de la disposición filosófica a acoger el elemento literario late una triple sospecha: la de que hay una objetividad no sinónimo de la mera *empíria*; la de que hay una verdad más amplia que la objetiva; la de que incluso la verdad –en el supuesto de que se avenga a comparecer– deja intacto el ámbito del sentido. Esta triple sospecha obliga a la filosofía a dirigir su mirada *también* a la literatura, depósito innegable de saber e ignorancia, verdad y error, añoranza y anhelo.

Los trabajos de los profesores Niels Rivas e Iván Trujillo, ambos dedicados a Albert Camus, abren este número permitiéndonos rendir un homenaje al pensador francés en el centenario de su nacimiento. El artículo de José Alegría, dedicado a la huella de Kierkegaard en Ernesto Sábato, es el segundo que publicamos este año sobre el pensador danés, en grata coincidencia con el bicentenario de su nacimiento. Angelo Briones nos entrega una colaboración sobre el *Eróstrato* de Jean Paul Sartre ¿Kierkegaard, Camus y Sartre no representan ya un territorio común a la filosofía y la literatura, brillantes ejemplos de posibles complicidades? Diego Pérez Rivas nos indica el recurso literario de Voltaire como exigencia de un pensamiento que se quiere libertario, indómito y no paternalista en su ejercicio crítico. Emilio Morales, con especial solvencia y no menor espíritu de fineza, aplica el instrumental de la fenomenología para registrar la constitución del objeto estético en la poesía de T.S. Eliot. El artículo de Lucas Díaz-López viene a recordarnos que fue Platón uno de los primeros en buscar el vínculo filosófico literario y uno de los primeros, también, en sospechar de él. Por último, es una especial alegría que el profesor Juan Carlos Palazuelos, con ese brillo del lector que ha hecho un hallazgo, nos ofrezca en este volumen el primer artículo que se ha escrito en Chile sobre el libro *Escenas inéditas de Alicia en el País de la Maravillas*, obra literaria de Jorge Millas publicada póstumamente.

DR. MAXIMILIANO FIGUEROA M.
Director
Departamento de Filosofía